

Desde que el campanario de Murla se desmoronara el pasado año causando la muerte de dos ancianas de la localidad, el pueblo entero vive por y para poner orden en el caos que dejó aquel trágico suceso.

Tómbolas navideñas, loterías, rifas, donativos de residentes estadounidenses, que nacieron en Murla, suculentas colectas parroquiales, concursos televisivos y un empeño común han conseguido que en las ar-

cas parroquiales reposen 3 millones de pesetas para levantar de nuevo el campanario. Mientras esperan el juicio que cuantificará indemnizaciones y señalará responsables, Murla invierte en su campanario.

Los vecinos han recaudado tres millones de pesetas para levantar de nuevo la torre de la iglesia

Murla, todo por un campanario

MARIOLA CUBELLS

Dos ancianas de Murla murieron aplastadas el pasado 1 de mayo tras derrumbarse sobre su casa el antiguo campanario del pueblo. Los 360 vecinos de esta localidad alicantina de La Marina Alta no han olvidado un solo instante de aquel trágico suceso, que ya auguraba un informe emitido por la conselleria, en el que se indicaba el inminente estado de ruina de la torre.

Tras el derrumbamiento todos se afanaron en buscar responsables del mismo, pero al parecer el campanario, de propiedad parroquial, era tierra de nadie. El Arzobispado declaró que no hubo negligencia; la conselleria aseguró que la torre nada tenía que ver con sus competencias; la parroquia de Murla se lamentó del suceso, porque poco más podía hacer, y los vecinos de este sosegado pueblo enmudecieron.

Pero las ganas de volver a oír sus campanas, tocando a misa, anunciando las fiestas, volteando como antes, curó en parte la desazón que quedó en Murla tras el derrumbamiento. Pronto, una «comisión de finanzas pro campanario» se puso manos a la obra para reunir fondos y restaurar con ellos la antigua torre de la iglesia que un mal día decidió desplomarse, tras más de un siglo de vida.

Para recolectar los tres millones de pesetas que en menos de un año reposan en las arcas parroquiales, los vecinos han utilizado todas las armas a su alcance. Tómbolas navideñas, loterías, rifas, concursos televisivos, colectas parroquiales —que durante el 90 fueron más sabrosas que nunca—, son algunos de los recursos usados por este pueblo, devoto por excelencia. Mención especial merecen los donativos de un buen número de vecinos residentes en EE UU que emigraron de Murla hace ya varias décadas. 116.876 pesetas de dinero americano para levantar de nuevo el campanario. El coro parroquial destina al mismo fin los beneficios que obtiene por sus actuaciones fuera del pueblo, y durante las pasadas fiestas, las primeras que pasaron sin torre y sin sonido de campanas, todos fueron más generosos que nunca. Incluso el popular concurso de Monleón tuvo en su plató a un grupo de «pro campaneros» que se llevaron 315.000 pesetas a su pueblo.

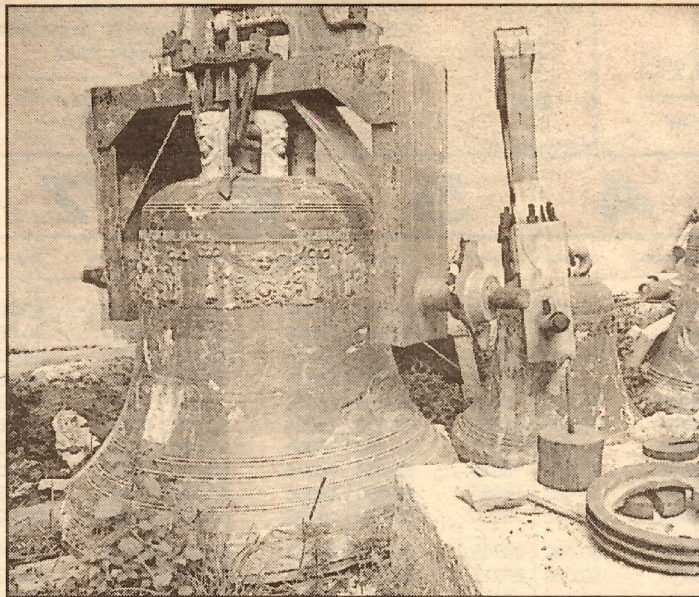
Lento proceso

Los vecinos de Murla consideran que el juicio, que habrá de condenar o exculpar definitivamente, se demora demasiado. Esperan además un informe que la diputación les prometió, que determine cómo y de qué manera ha de ser el nuevo campanario, cumpliendo una serie de normas urbanísticas y estéticas que el estudio técnico tendrá que dictar. Durante la espera, la parroquia, que continúa siendo la titular del conjunto de la iglesia, intenta llegar a un acuerdo con las partes afectadas —que son los propietarios de las tres casas que perecieron bajo los escombros— para agilizar el proceso y lograr que se retire la denuncia. Pero la posibilidad de acuerdo



Los vecinos de Murla quieren volver a ver el campanario tal y como lo conocieron.

MANUEL MOLINES



Las campanas de la antigua torre.

MANUEL MOLINES



El cura de Murla, Juan Damian.

MANUEL MOLINES

es complicada y lenta, según apunta el cura párroco de la localidad, Juan Damian, que en sólo cinco meses al frente de la parroquia ha conseguido ponerse al día, asumir la responsabilidad del campanario y canalizar todas las nuevas ideas y nuevas ayudas que surgen diariamente entre sus feligreses, para levantar la torre otra vez.

En el huerto de la casa parroquial reposan las tres campanas de principios de siglo, los badajos y el mecanismo electrificado que las hacía sonar en el antiguo campanario. Desde que ese sonido enmudeció, los vecinos se quedaron sin toque para la confesión, para las misas,

para las bodas o para cualquier acontecimiento eclesiástico. Según ellos mismos cuentan, gracias a la buena voluntad del padre Juan, al que adoran, que se preocupa de informar mediante escritos y de viva voz, pueden participar como siempre de los actos de su iglesia.

El coro parroquial dona al campanario todos los beneficios que obtiene por sus actuaciones fuera de Murla

El alcalde, José Sala, otro pilar que sustenta la moral de este pequeño municipio, apoya desde el primer día cualquier iniciativa de este tipo, y asegura que lo único que desea es que el juicio llegue y que las aguas vuelvan a su cauce definitivamente. Parece que Murla entero se ha unido en una causa común, a juzgar por las buenas relaciones existentes en el pueblo y por el acuerdo tácito al que llegaron justo el día después del derrumbamiento, cuando todavía la muerte de las dos ancianas pesaba sobre las conciencias de algunos y las almas de otros. Cuenta el alcalde que en el pueblo se ha quedado una

especie de terror a las ruinas que los hace temblar por cada piedra que salta o se desmorona.

Son un grupo de entusiastas, residentes en Murla, los que se encargan de llevar las cuentas de la recaudación, de organizar los actos, de comunicar los brillantes resultados al párroco, con una envidiable transparencia fiscal. A pesar de las promesas de restauración y de subvenciones que llegaron a Murla el año pasado, la base árabe sobre la que se asentaba la torre del campanario está todavía cubierta de cemento, y la plaza sobre la que se derrumbó continúa en ruinas. Curados de espanto ya, los vecinos reúnen poco a poco el dinero porque saben que sólo ellos podrán levantar de nuevo la torre.